

Jorge Jobet

Prosas sagradas

LA ROCA SOLITARIA



LA orilla del mar de sordos peces, eternamente batida por un agua ronca, saludo mineral del mundo subterráneo, la roca solitaria se acomoda en la concavidad apretada de su sombra. No perfora la sal, la grave piedra, ni despinta la espuma su áspera superficie. Por sobre el techo oblicuo de su cima, transcurre el tiempo cargado de presagios. Nada conmueve su reposo augusto. Sus pies oceánicos se hunden en la tierra para buscar las vetas infinitas. Su cabeza se asienta en el duro espacio de los milenios, y su ojo incansable vence a la muerte aborrecida.

De cuando en cuando, los pájaros marinos depositan en ella sus excrementos blanquecinos. Viene una ola y los arrastra por los húmedos flancos. Ninguna cosa queda encima de su puño. El graznido de las gaviotas roza apenas sus costados inflexibles, deslizán-

dose con rapidez por el movable campo de Neptuno. También se acerca el tempestuoso rayo con el fuego de Júpiter olímpico. Pero, la roca solitaria yace con su granito intacto e incommovible. Los barcos que chocaron contra sus muros, y los náufragos que trataron de asir su dentadura, en el fondo arenoso aun resisten.

Pasan los años con mortal galope. Aumentan de estatura las dunas amarillas. Los pinos de la costa espesan su follaje. Sin embargo, la roca solitaria no varía. Recibe la canción del océano, el monólogo del viento, el beso del aire, y el ritmo de su obscuro corazón es el mismo. Oye el lamento del hombre, el ladrido del perro, la agonía del albatros, y su sangre perdura en su carrera triunfal. ¡Oh sinfonía gris de las edades y vigilia permanente ante la vida! Azotarán los látigos tu cuerpo silbante y se llenarán de angustia los seres afligidos. ¡Dejad por un instante vuestro solio y acudid en socorro de los vivos!

NOCHE MARINA

En el negro boquerón de la playa se descuelga de súbito la noche. Ni una estrella. No hay luz. Borrada luna. Más inmensa que nunca está mi alma. Lenguas rodantes de desconocidas aves, lamen las pieles de los monstruos. Y del piélago verde enardecido proviene la marea en vastas rondas, reventando en pedazos lastimeros las solemnes mamparas de su tono. Suena de la resaca el aleteo. De telúricas conchas se alimenta. Un

sinfin de veloces caracolas en las crestas espumosas danza. En libertad circulan vagas brujas con sus jaurías impetuosas. La voz de la eternidad golpea las tétricas murallas de los tímpanos.

Esta es la soledad más pura, la sin hojas. Árbol plantado en medio del desierto. La sin mácula Gemido recostado en los escombros. La sin boca. Primera idea en el caos. Parto cósmico. Onda abandonada debajo de la nieve. Destino roto. Niño dejado por su madre entre los gitanos del villorrio. Esta es la soledad más grande, la del potro que en su prisión de breñas piafa. Lagarto en la sombría cueva sin la hierba que cuide de su espalda. Sortija desteñida en una isla. La sin mano. Ala vagando en un alud de lava. La sin pluma. Esta es la soledad que en el ánimo crece como sutil enredadera y lo aprisiona. La sin tallo.

Erguido estoy en la salobre noche, escuchando el llamado de mis épicos tambores. ¿Hacia dónde iremos, luego de terminar esta zozobra? Vamos, vamos por el camino de las cabras salvajes y perdámonos detrás del horizonte. Ya no pertenezco al reino de los mitos que en fulgores de guerra se solazan. Mis músculos exigen la purificación de la carne y el salto felino de mis ligeros huesos. Fosos colmados de sierpes, abismos escondidos, sinfonía lustral de mástiles cadavéricos atraen mi efigie en llamas. Rodeado estoy de larvas divinas y de heroicos mensajes traídos por los dioses. Temblando voy en el ciclón de la noche con la pesada carga de mis himnos.

LA OLA

La música más simple se adhiere a su Pegaso. Monte encabritado con su incambiable nota interna. Momento estelar de un forjador anónimo en la fragua de Hefesto. Saltan las lágrimas de su único párpado y repiten sin cesar su sollozo monocorde. Simplicidad de número es su entraña. Altura religiosa es su gemido. Quiebra en frías corolas su estructura y las lanza sin misericordia contra los cuatro puntos. Ser y no ser en el hacer momentáneo. Inmutabilidad, no obstante, que jamás claudica. Fiel a su esencia a pesar de los trastornos. Ir para volver al recinto submarino. Sencilla historia de todo acontecer y sabia lección de natural alcurnia.

El misterio tangible de tu arteria se cubre de sonámbulos violines, y en horizontal esfuerzo de ascender al éter derriba sus cimientos el espíritu. No es un arte fácil el que en ti germina. No es blanca poesía la lima con que ahuyentas. Conozco tus recónditos peligros y la variada gama de tu hechizo. ¡Cuántas veces tu seno ha conducido los dorados deseos que me avivan! Juntos hemos andado por múltiples confines y juntos nos devolvimos a la fuente de origen. Partir y pernoctar. Construir y deshacerse. Desplegar el velamen y volver a salir. No ser lo que hemos sido y seguir siendo un enigma. ¡Qué rica es tu materia de gigantes caprichos!

Mi razón percibe el fluir del movimiento en los contornos de la ola anímica. ¡Qué hermoso espectáculo

es verla tenderse en la ribera! Regresa a su postura de lomo alborotado con otras experiencias en su inteligencia líquida. Apenas acomodada en su voluble cuna, alarga de nuevo el torso en busca de los líquenes. Suelta de presto la amarra de su vital navío y empuña los timones de las turbias aventuras. Un paseo más por las aguadas matutinas. Es el juego del ser que obtiene de la nada los cantos más sublimes; la chispa de las armas que emplea el juglar mágico. Andar y resolverse. Dudar a cada paso. No ser más que una ola tejiendo su mortaja.